ACUERDO TÁCITO: MODELO PARA ARMAR INSTRUCCIONES Y DOS CODAS

Angel Luis Pérez Villén

Aparte de ser amigos y vivir en Córdoba poco hay en común entre la obra de Tete Alvarez y Rafael Quintero, a no ser la mediación de la fotografía, una disciplina en la que ambos han venido a coincidir en varias ocasiones, si bien el primero proviene del mundo del vídeo y el segundo del de la pintura, y tanto uno como otro estén orillando otras manifestaciones que no se caracterizan por su idoneidad disciplinar sino en todo caso por su interdisciplinariedad. Hay también otra causa común a la que ambos artistas han llegado desde posiciones bien diferentes y es la de prescindir de las pautas elaboradas por nuestra experiencia o por la experiencia suplantada de los medios de comunicación con la información que suministran los agentes- ¿dónde están?, ¿quienes son?, ¿trabajan a jornada completa?, ¿admiten algún tipo de información adicional?, ¿son venables?, ¿tienen filias y fobias?- que intervienen en la percepción de la realidad.

Cada uno a su manera nos muestra las consecuencias derivadas de una fe ciega en los mecanismos que trabajan hasta consolidar la imagen que resulta como consecuencia de la representación de la realidad, haciendo especial hincapié en lo espúreo o en lo inadecuado de tales operaciones, calificando como ficción toda reelaboración del original y postulando por el contrario otras aproximaciones que, precisamente por invertir, pervertir, solapar, deslizar y descontextualizar los caracteres referenciales, logran arribar a la alegoría, cuando no a la autonomía significativa, fundando una realidad real. Una realidad en la que se hace necesario el simulacro- Tete Alvarez- para desactivar su aspiración modélica y cancelar sus intereses performativos, una realidad sacada de contexto y desposeída de su capacidad de proyección - Rafael Quintero - para volcar sobre ella el aliento profundo de la razón.

CODA PARA UN SIMULACRO

El espectáculo debe continuar, los focos atentos a la escena, la mirada cautiva de las argucias de la seducción, la experiencia extraviada por la saturación de los sentidos que nos informan de lo que sucede, la conciencia somnolienta y a punto de atrofiarse, sin embargo, el espectáculo debe continuar... La vida sigue su curso y junto a ella discurre nuestra existencia, la realidad inmediata nos pertenece en la misma medida en que seamos capaces de aprehenderla, pero ¿tenemos tiempo para ello?, ¿estamos dispuestos a proyectar sobre el entorno?, ¿ sería éste sensible a nuestra luz o la devolvería reflejada en clave de representación autobiográfica?, ¿es porosa la realidad o bruñida como la piel de un espejo? Tanta pregunta sin respuesta no demora el flujo del tiempo y el ritmo de los acontecimientos indica que el espectáculo debe continuar...

Si la vida es sueño y la vigilia nos impide deambular entre los pliegues de la razón, aferrémonos al azar y probemos suerte en el gran teatro del mundo, pasemos página y construyamos con la mirada el artificio del arte, inventemos la realidad, usurpémosle su verosimilitud y simulemos de manera consciente su autenticidad, porque el espectáculo debe continuar... Si por el contrario la realidad supera a la ficción, propiciemos una representación de aquellos que reduplique sus efectos narcóticos; si el discurso critico ha menguado su recepción en el público, abandonemos las ideologías y sumerjámonos en la sincronía de la praxis; si la religión es el opio del pueblo, trastoquemos las creencias por el consumo indiscriminado y compulsivo; si el sujeto se diluye en el cuerpo social y este en el Estado del Bienestar, arrojemos carnaza a la arena ¡Pan y Circo!, porque el espectáculo debe continuar...

La información que los media nos suministran de la realidad esta condicionada por el ejercicio de una licencia discursiva que discrimina entre los supuestos que la configuran, otorgando credibilidad a la representación que de ella se vierte en un espacio, en principio destinado a la reflexión e incluso al cuestionamiento, pero inducido finalmente a admitir el alegato de una sanción, que es cuando menos un sofisma y en cualquier caso un simulacro; solapando la emergencia de contradicciones, erradicando la impostura de una posible relectura en clave critica y transformando la recepción en una fábula espectacular... Se crea la ilusión del flâneur entre los vestigios de la imagen, recomponiendo su sentido para instigar el deseo de poseerla, de inducir en ella lo que proviene de su sentido común, de sus arquetipos culturales o de su concepción holística del mundo; pero como toda ilusión, se desvanece cuando penetramos en su ámbito creyendo experimentar la virtualidad como si se tratase de algo tangible.

El espectáculo debe continuar lo aconseja ante todo nuestra disposición a entrar en el juego. Aunque sabemos que las cartas están marcadas no despreciamos la oportunidad de simular la derrota del pensamiento, de resistir a la teoría y de asumir el nihilismo con tal de rechazar el silencio de los corderos. Somos reacios a permanecer inmutables, preferimos introducirnos en el edificio del lenguaje y dinamitar su núcleo performativo, por ello nos enrolamos en cualquier empresa que persiga desenmascarar la representación que de la realidad se efectúa desde los dispositivos mediaticos instalados en las redes que controlan la información. Contra ésta su reflejo deconstruido en imagen fragmentaria y aparentemente inocua: un circo, unos espectadores y la ficción de un discurso ocioso y jovial. El espectáculo debe continuar...

CODA SIN AZOGUE

Lentamente, sin oponer resistencia, dejándonos llevar por las turbulencias, acomodados por la inercia del descenso, abramos los ojos y contemplemos el sonido que produce nuestro cuerpo al desdibujarse sobre el lecho del río, donde el azar ha dispuesto que la vida encuentre su fermento, allí mismo reconozcamos a quienes nos precedieron en la caída y esperemos a los que han de llegar, lentamente, sin padecer la angustia que percibimos en

algunos rostros. Cuando creamos que la escena esté próxima a completarse tomemos impulso y con vehemencia ascendamos hasta la superficie, de manera, que tengamos tiempo suficiente para escuchar el resurgir de la luz, que emerge desde el fondo y horadando los despojos de la representación, en fundido a negro, viene a fijarse con desenfadada impostura sobre las ondas de la percepción, lentamente.

Desde atrás, ¿o es desde el fondo?, un teatro de sombras nos impide reconocer nuestra imagen en el espejo de la experiencia, aturdidos por el escamoteo de la realidad nos prestamos a indagar entre las huellas de la memoria con la esperanza de rescatar el sentido de las cosas, pero ¿dónde hemos de situarnos?, ¿en qué contexto operamos?, ¿estamos dentro o fuera del juego? Las apariencias engañan y sin embargo nada nos hace más felices que constatar el acierto de nuestras primeras impresiones, comprobar que la intuición es un arma para la que o se necesita permiso ni adiestramiento previo a su uso, aunque, ¿acude cuando solicitamos su servicio o se presenta de manera inoportuna para echar por tierra una certeza? Esta es la desazón del hombre sin atributos, es la perplejidad de quien padece resignado la desobediencia de un subordinado, como ese órgano o extremidad del cuerpo - un pie, por ejemplo- que se niega a responder a los impulsos cerebrales, quizá porque haya relajado sus costumbres, quizá porque esté dormido o sumido en el fondo o no nos oiga desde atrás.

Al anochecer todavía queda aire para calibrar el peso de nuestra conciencia, porque cuando se cierra el día y aún soportamos la gravedad de la luz, su eco dibuja una escala dorada que desde arriba baja a reposar sobre el sueño de los iniciados. No corren la misma suerte quienes hacen gala de pragmatismo y una vez llegada la oscuridad de la noche se parapetan entre los resquicios de la cuadratura del círculo para difamar a los iluminados y quebrar sus ilusiones, desoyendo sus recomendaciones que rechazan como burdas muestras de un saber mestizo que empaña lo empírico con lo metafórico, que hace causa común del significado y de su alegoría, que solapa las figuras en primer plano mediante las sombras de los símbolos que anidan en el fondo y que pende la contingencia de lo real a la espera de su revelación. Como consecuencia aquellos renegados del arte de la simulación de la simulación al preferir una sola vuelta de rosca se quedan a mitad de camino y perecen sin contemplar la grandeza monumental de su propio túmulo, al anochecer.

Lentamente, desde atrás, al anochecer, nos llegan los cantos de sirena que nos invita a bajar la guardia y abandonar la nave, pero no lo hacemos porque desconfiamos de su paraíso, porque el contexto sobre el que flotamos posee otra ruta diferente y porque no sabemos nadar y guardar la ropa. Presos del destino y de nuestra propia decisión enfilamos sin demora hacia donde refulge la luz, donde entre otras creemos reconocer nuestra figura, pero el espejismo se desvanece a medida que nos acercamos y comprobamos el error: la proyección es interior. Al fondo sólo hallamos el espacio, acotado por el medio artístico -por ese contexto del que no podemos desembarazarnos- sobre el que en fundido a blanco se fijan los pormenores de la representación, al anochecer, desde atrás, lentamente.